

A QUEMARRROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 9 de julio de 2013 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVI • GRATUITO • Nº 5

EL HORMIGUERO

LA SN CONVOCA A LAS MASAS



ETIQUETA OCULTA

Por Pablo Batalla Cueto
Página 2

□ «Plácido domingo, jodido lunes», dice un dicho. Pero no. Ayer lunes, una maravillosa marabunta de semaneros abarrotó nuestro recinto. No sólo el concierto de **Carlos Jean**, sino también el encuentro con **Leonardo Padura** y **Joe Haldeman**. Parece que a esta ciudad le gusta la cultura.

A nuestros visitantes les gustará saber que hoy viene nada menos que **Simon Scarrow**, gran figura de la novela histórica europea. Que hablaremos del astillero. Que Félix de la Concha pintará a Padura. Que vendrán **Jon Arretxe**, **Luis García Jambrina**, **Ernesto Mallo**, **Daniel del Monte**, **Luis Artigue**, **José Javier Abásolo** y los Triángulo del Amor Bizarro.

Hay otro dicho que dice que no hay quinto malo.

LA RUBIA DEL DEPORTIVO

Por Miguel Barrero
Página 3

ETIQUETA OCULTA

PABLO BATALLA CUETO



LOS OFICIOS DEL DIQUE

Transcripciones literales de entrevistas a trabajadores del astillero realizadas por Rubén Vega, autor de *Astilleros en el Arco Atlántico: trabajo, historia y patrimonio* (Trea).

ZAZA, INGENIERA



Los paisanos, la gente de obra, desde el primer día que entré, muy bien. Los currantes, sí señor, los obreros. Entramos una generación más o menos de mi edad, unos un año antes, otros un año después, y conectamos muy bien entre nosotros y con ellos. Que antes no pasaba tanto: el ingeniero estaba como en un punto más alto que el personal de obra.

Fueron siete años muy intensos a nivel profesional y a nivel personal también, porque vivir un cierre es muy duro. Triste sobre todo. Para mí lo de Naval Gijón fue triste. Porque veías que el equipo humano estaba ahí y que se iba a dejar escapar ese equipo humano. Y cerró el astillero y nos fuimos cada uno por un lado.

Las prejubilaciones se hacían sin ningún estudio. No se hace realmente ningún plan de empresa. A mí me llegaron a decir: es que si se va la siguiente tanda qué hacemos para hacer un barco. Me acuerdo que nos quedábamos sin los ajustadores y sin el jefe de armamento de ajuste. Y nadie en el barco sabe alinear ya un motor si este señor se va. Nadie es imprescindible, pero que haya de verdad un relevo. Y no lo hubo.

Ves un barco y dices: qué pasada, haber participado en esto. La producción es muy dura, muchas horas, peleas... Porque tienes que apretar a la gente para que acabe cosas. Pero lo cierto es que es muy satisfactorio, luego, ver el trabajo que has hecho. Verlo navegando. El mar es algo especial, el sentimiento que puedes tener hacia el mar. Pues un barco ves que tiene identidad propia, un alma. Es una manera de explicarlo. Una botadura se vive de forma distinta. Y hasta la puesta de quilla. El primer bloque que bajas y pones en la grada.

La máquina hidráulica —que yo no sé si se guardó— era una joya de la industria del siglo pasado. Cada bomba de las que vaciaban el Dique tenía un mote: una era la abuela, otra la xata. Todo se humaniza bastante.

Foto **Álex Zapico**
Texto **Rubén Vega**



El retrato de Dorian Paraja.

¿Puede la poesía ser sin pecado un adorno? ¿Somos la orquesta del Titanic? ¿Somos aquellos teólogos que, mientras los turcos entraban en Constantinopla, discutían el sexo de los ángeles encerrados en la basílica de Santa Sofía?

Salgo de éstas y parecidas ensoñaciones cuando me grita **Geny Lozano**, que vive en un saco de dormir en un rincón de nuestro taller de fotocomposición desde el viernes, porque no tiene blanca y nadie se ha ofrecido todavía a llevarla de vuelta a Madrid —el asunto la tiene especialmente irascible—, que soy una mierda de periodista. Que como buen escritor frustrado metido a reportero, falto a los más elementales principios del gremio edulcorando la realidad, o directamente modificándola sin ningún pudor, cuando ésta se me presenta demasiado prosaica. Por intrusos laborales como tú estoy durmiendo en el suelo, etcétera. Ahora mismo me está destripando la columna de ayer.

Martin Roberts no mide dos metros, ni llevaba un salacot. Era un sombrero de paja.

No te tomaste una caña con **David López**, puto fantasma. Pediste un agua. Eres tan sumamente torpe que ni siquiera te diste cuenta de que en la foto con la que acompañaste el artículo salías agarrando un botellín.

Le digo lo que Gletkin a Rubachof en *El cero y el infinito*: «La verdad es lo que es útil a la humanidad; la mentira, lo que es nocivo». Me llama estalinista, y pedante. Le digo lo

que Lionel Hutz a Marge Simpson en el capítulo en el que Marge se hace agente inmobiliaria: «Existe la verdad y... ¡la verdaaaaaad!». Me dice que ni siquiera he contado todavía, como prometí hacerlo, la historia que sobre **Dostoyevski** contó **Santiago Posteguillo** en su charla de hace dos días.

Bien, ahí va.

Dostoyevski tenía una cosa buena y una mala. La buena es que tenía la misma genialidad prodigiosa que en **Mozart** frustraba a **Salieri**. La mala es que era ludópata: gastaba en este vicio desahogado todo cuanto ganaba con sus novelas, y las deudas se le acumulaban.

Un avispa y malicioso editor, conociendo los padecimientos del literato, le propuso un acuerdo, una especie de apuesta: si Dostoyevski le enviaba una nueva novela completa en menos de veintiséis días, el editor pagaría todas sus deudas. Si no, Dostoyevski habría de cederle los derechos de todas sus obras. El escritor, perseguido por sus acreedores, aceptó, aun a sabiendas de que en más o menos el mismo plazo debía entregar otra novela que estaba preparando. Algo sobre un estudiante que mata a una vieja.

Durante aquel mes escaso, Dostoyevski escribe, frenético, dos novelas a la vez. De una se ocupa por la mañana. De la otra, por la tarde. La urgencia le decide a escribir la segunda novela sobre un tema que conozca bien y no requiera documentación previa.

Eran aquéllos los nebulosos tiempos que precedieron a la aparición de los ordenadores. Dostoyevski escribe

a pluma; pasados unos días, las manos le dicen basta. Sus amigos le proponen que se busque a un amanuense, y él accede a contratar a la mejor taquígrafa de San Petersburgo, una tal **Anna Grigórievna**. Con su ayuda consigue finalizar las dos novelas a tiempo. A una la titula *El jugador*; a la otra, *Crimen y castigo*.

El editor pagó las deudas de Dostoyevski, y Dostoyevski se casó con la taquígrafa. Celebraron el alivio y el casorio pagando con los cuartos obtenidos una *tournee* por Europa. Dostoyevski juró no volver a jugar jamás, pero del dicho al hecho hay mucho trecho. Una de las paradas de la *tournee* fue Baden-Baden, el mayor casino de Europa.

Dostoyevski recayó aquélla y muchas veces, y se conserva un grueso



Merino e hija.

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: Susana Quirós

Tesorero: Ceferino Menéndez

Director del Comité Organizador SN:

José Luis Paraja

A QUEMARROPA

Dirección: Pablo Batalla Cueto

Redacción: Christian Bartsch
Blanca M. García

Colaboradores:
Miguel Barrero
Cristina Fallarás
Victor Muñia Fano
Jesús Palacios
Luismi Rñera
Javier Cayado Valdés
Rubén Vega

Fotografía: José Luis Morilla

Preimpresión: Morilla Fotocomposición

Imprime: La Versal

DL: A83.417/10



la rubia del DEPORTIVO

MIGUEL BARRERO

En su última novela, *En tierra de lobos* (Ediciones B), Luis García Jambrina se inspira en la figura de Margarita Landi, pionera de la crónica de sucesos en España y recordada periodista que terminó sus días en Asturias y participó como invitada en la Semana Negra. La novela se presenta esta misma tarde, a las 19 horas, en la Carpa del Encuentro.

Quien no ha tenido que abandonar a las diez de la noche su mesa de la redacción para acudir a un piso de un barrio periférico en el que un marido despechado acaba de degollar a su suegra no puede decir que sabe lo que es el periodismo. La crónica de sucesos, ese género tan denostado por muchos y tan poco conocido por la mayoría, es lo que más y mejor curte a un profesional de la información, según aseveran los más avezados veteranos y podemos atestiguar quienes, por una u otra causa, tuvimos que manchar nuestra pluma con la sangre de algún crimen del que fuimos inesperados testigos y notarios y cuyos pormenores nos vimos obligados a relatar para, en la medida de nuestras modestas posibilidades, amargarles el desayuno a los confiados lectores que a la mañana siguiente abrirían el periódico al olor del café recién hecho.

Margarita Landi, claro, sabía todo esto porque, unos pocos años antes de cumplir la cuarentena, decidió que a partir de ese momento su carrera iba a curtiarse en los tortuosos vericuetos que dibujan los siempre arriesgados caminos del delito. Nacida en Madrid en 1918, de unos padres que le dieron en bautismo el nombre de Encarnación Margarita Isabel Verdugo Díez, halló la horma de su zapato en 1955, cuando el destino quiso ponerla en contacto con el editor asturiano Eugenio Suárez, que acababa de fundar el diario *El Caso*, para marcar en el mismo instante de las presentaciones el comienzo de una andadura triunfal y heterodoxa. Seguro que a la Landi ni se le ocurrió sospechar en sus principios —cuando sus reportajes se ceñían a temas de alta costura y sociedad y veían la luz en medios como el rotativo *Informaciones* o las revistas *Esfera Mundial*, *Gaceta Ilustrada* y *La Moda en España*— qué aureola iba a rodear su recuerdo cuando le tocara incorporarse a la posteridad, pero lo cierto es que la imagen que ha perdurado de su vida y sus andanzas es, mayormente, aquella que de ella tenemos los de mi quinta, que aún éramos unos zagaes imberbes cuando la veíamos en la televisión con el pelo rubio cardado y una imperecedera pipa posada en sus labios y escuchábamos esas palabras roncadas y certeras con las que se refería a asuntos que a nuestra corta edad resultaban casi innombrables. No sabíamos entonces, pero lo supimos después, que aquella señora que tan poco tenía que ver con nuestras abuelas había sido una auténtica pionera, una de esas mujeres que, acaso sin proponérselo, marcan una época y abren nuevos surcos en los que sembrar la semilla del porvenir de sus congéneres.

Porque cuando Margarita Landi se estrenó en eso del periodismo de sucesos no es que fuera inusual encontrar a una mujer ocupada en tales menesteres; es que, sencillamente, no había ninguna. De ahí que sus apariciones en descajotable por la Gran Vía supusiesen, en su día, todo un acontecimiento y también una fuente de dimes y dires que armaban tanto ruido como los ecos que sus reportajes en *El Caso* dejaban en las conciencias de sus lectores. No es un mero subrepticio poético: si el periodismo de sucesos es hoy un género endiablidamente complicado, cómo debía de ser en una época en la que las certezas se administraban con cuentagotas y las verdades brillaban por su ausencia. Landi, que había enviudado a la tierna edad de veinte años, supo sobreponerse a las adversidades, hacer de la necesidad virtud y usar sus crónicas para dar, hábilmente camuflados entre líneas, indicios de que la realidad no era eso que a los españoles se les contaba desde las instancias oficiales, sino otra cosa muy distinta. La rubia del descajotable terminó contribuyendo de modo muy significativo a que aquel rotativo que, precisamente por ser considerado poco o nada serio —no hay más que recordar las chanzas de que fue objeto cuando la democracia se adentraba con paso firme en nuestra historia y él daba sus agónicos estertores—, podía permitirse ciertas licencias con las que abrir una serie de rendijas por las que se colara la sospecha. Ahí radica el principal valor de su legado, y también la razón de que, una vez clausurado el periódico que le había dado nombre, fama y algo de fortuna, fuese requerida para incorporarse al plantel de colaboradores de *Interviú* —otra publicación confinada en los rincones de la ortodoxia de su tiempo— y de que más adelante firmara brillantes apariciones televisivas en programas como *La palmera*, *Código Uno*, *Así son las cosas* y *Mis crímenes favoritos*.

Margarita Landi, tan cosmopolita, eligió Gijón para pasar sus días postreros, aunque los achaques de la edad y el alzhéimer terminaron situando el escenario de su último suspiro en una residencia de ancianos de Albardi, en el vecino concejo de Carreño. Su muerte, a principios de 2004, la obligó a abandonar su papel de referente para pasar a convertirse en protagonista de una leyenda, ésa que habla de cómo una mujer, a bordo de un descajotable a todo gas por el corazón de la Gran Vía, se atrevió a desafiar, con la única ayuda de su máquina de escribir y su talento, unos cuantos dogmas de las grisáceas leyes de prensa del franquismo.

EL CUBANO QUE NO CONOCÍA A TROTSKI



Resulta impensable que algo tan contrario a la idea que muchos escritores tienen a la hora de decantarse por una temática u otra sea precisamente el motivo que llevó al autor cubano Leonardo Padura (La Habana, 1955) a elegir el que sería el gancho de su exitosa novela *El hombre que amaba a los perros* (Tusquets, Barcelona, 2009). Durante un *vis à vis* con el también dinosaurio de las letras Paco Ignacio Taibo II, escritor asturmexicano y fundador de la SN, Padura se plantaba ayer en la Carpa del Encuentro con la intención de presentar la citada obra y, de paso, dar a conocer algunos de los avatares de su trayectoria literaria.

La premiadísima *El hombre que amaba a los perros* se basa en la historia de Ramón Mercader, el asesino catalán de León Trotski que acabó con el revolucionario soviético de un *pioletazo* y pasó sus últimos años en La Habana. «La ignorancia fue lo que me llevó a escribir esta novela», afirmó Padura, quien explicó que, en uno de sus primeros intentos por indagar en la vida del líder descubrió que entre la poquísima información que de él había en la principal biblioteca de Cuba

figuraban dos libros que lo acusaban de «traidor» y «renegado». «Eso era todo lo que los cubanos sabían de él». La novela «parte de Cuba y regresa a Cuba», y con ella el autor pretende arrojar un poco de luz sobre lo que significó el asesinato para alguien de ese país y para las ilusiones de miles de personas. Al reto de retratar «a un personaje histórico que no tenía historia», se unió, según Padura, el rechazo de la familia de Mercader a hablar con él.

Durante el encuentro con el público, que contó con la presencia del director de contenidos de la Semana Negra, Ángel de la Calle, Padura y Taibo aprovecharon para hacer un repaso sobre la complicada situación a la que tuvieron que enfrentarse los escritores de Cuba, convertidos en delinquentes debido a los problemas que tenían para comprar una simple hoja de papel. «Cuba era el nuevo paraíso de la pillería», destacó Taibo, recién aterrizado tras un intenso viaje desde México que duró «31 horas» y que, dijo, le dejó bajo mínimos sus niveles de nicotina. «Disculpen por no poder estar a la altura de las circunstancias».

Precisamente ese «paraíso» de malos hábitos ha sido la herramienta perfecta que Leonardo Padura supo aprovechar para trazar, a través de sus novelas policíacas, el retrato de la sociedad de su tierra natal. «Padura llega tarde a la novela policíaca. Llega cuando tiene la capacidad de poder salirse de lo políticamente correcto y hacer una literatura crítica», aseguró Taibo, a la que su amigo y escritor cubano añadió que una de las cosas que le interesó de este tipo de literatura es que «la novela policíaca tiene una capacidad de alcanzar y de convencer al lector muy importante».

Pero estos motivos no fueron suficientes para que Padura obtuviera el reconocimiento que merecía por parte de otros colegas escritores, que consideraban el negro un género menor. «Quería demostrar la importancia de la belleza de la novela por encima del aspecto policial». En algo debió de acertar el cubano, que en 2012 pudo dar un corte de manga a los más incrédulos al ser galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Padura es también el creador de la figura de Mario Conde, que, lejos de guardar algún tipo de relación con el polémico banquero, es un caótico policía que ansía convertirse en escritor. Este personaje ha protagonizado muchas de sus novelas, como la tetralogía *Cuatro estaciones*, *Adiós Hemingway* y *La cola de la serpiente*, entre otras. Su próximo trabajo será otra novela titulada *Herejes* (Tusquets), que saldrá publicada el próximo mes de septiembre y transcurre en tres escenarios distintos: el Ámsterdam de 1642, la Cuba de los años cuarenta y la Cuba actual. El relato comienza cuando un judío sefardí llama a la puerta de Rembrandt porque quiere aprender a pintar.

Blanca M. García

LOS MUNDOS DE HALDEMAN

No hay nada como un veterano del Vietnam para narrar los horrores de una guerra, aunque eso suponga inventarse una serie de mundos imaginarios nacidos de la sesera de un maestro de la ciencia-ficción. Nada como un hombre que no se considera héroe ni soldado, pero que, por sus circunstancias personales, lo ha sido. Joe Haldeman (Oklahoma, Estados Unidos, 1943) sabe bien lo que es vivir como uno de esos títeres que volvían del infierno y se preguntaban: «¿Y ahora qué?»

En esa tesitura se sintió el norteamericano que ayer presentó *La libertad interminable* (*Forever free*, 1999), secuela de *La guerra interminable* (*The forever war*), en la Carpa del Encuentro durante un acto presentado por Mauricio Schwarz. «Algo que les sucede a muchos soldados cuando regresan de la guerra es que no pueden soportar la paz. Necesitan ver las cosas en blanco y negro», indicó.

El norteamericano explicaba de este modo lo que trató de reflejar cuando decidió dar continuidad a su primera novela *La guerra interminable* (1975), obra en la que describe una guerra interplanetaria basada en una carrera armamentística y las consecuencias de esos viajes espaciales. «La guerra interminable fue una historia que me venía de dentro. Nunca me había planteado hacer una secuela, hasta que me hicieron una interesante propuesta económica», confesó.

Así fue como nació *La libertad interminable*, que parte de la idea de los veteranos de la obra anterior, que no logran soportar su situación de paz y deciden robar una nave para buscar una guerra fuera de su planeta. «Hacer una secuela es interesante los dos primeros meses, pero continuar algo que te viene impuesto ha sido un verdadero reto».

Haldeman, autor también de *La paz interminable* (*Forever peace*, 1998), que es considerada por muchos como parte de su serie *La guerra interminable*, habló sobre la posible adaptación de la primera novela de 1975 por parte del director británico Ridley Scott, que en 2008 adquirió los derechos. «Me han dicho que Ridley Scott trabaja en otras nueve películas a la vez. No creo que le dé tiempo a

hacer la mía». El genio norteamericano es también autor de la *Trilogía de los mundos*, una serie sobre Marte, y novelas como *El engaño de Hemingway* y *Viejo siglo XX*, entre otras muchas.

En la actualidad, trabaja en un nuevo libro basado en la idea de Fobos, una de las dos lunas del planeta Marte y también el nombre del dios griego del miedo. A diferencia de otros autores de la ciencia ficción, asegura que ha querido huir de la idea de utilizar como protagonista a un héroe masculino, guapo y perfecto. «Mi protagonista es una mujer de mediana edad, académica, y a la que le falta una pierna. Me gusta utilizar personajes así, ponerlos en una situación comprometida y ver cómo responden», adelantó.

Blanca M. García



REPRESIÓN, AMENAZA Y PO

Giuseppe Tomasi di Lampedusa escribió a mediados de los cincuenta una novela, *El gatopardo*, que contenía «para que todo siga igual». Cincuenta años antes —1899—, Ramón Casas pintó un cuadro al que tituló *La carga* de la Semana Negra, y un escritor por consagrar, nuevo amigo de la Semana Negra, explican a los lectores de *El cuarto estado* y *La libertad guiando al pueblo* como ornamento principal de la Carpa

CRISTINA FAILARÁS

04.00

La represión, la amenaza y la posibilidad de eliminación. Ésas y no otras son sus razones de ser. En el cruce de la calle del Prado con Santa Catalina han levantado un parapeto de dos vallas de altura por seis de ancho, todo lo que la callejuela da de sí, por tres filas de profundidad. **María Concepción del Riego García**, conocida en el barrio como doña Concha, despierta a las cuatro de la mañana con la sensación de estar de nuevo montada en el carro de la leche, tantos años después. Ese sonido de lata contra lata, latas pesadas batiendo espuma.

¿De verdad quieres recuperar la infancia, la memoria de la infancia, la inocencia, ese tierno estado de imbecilidad?

Sí, de verdad quiero. Quiero volver a confiar.

¿En qué?

En las posibilidades.

Todo ha cambiado. La pared del tren no tiene ventana, porque la pared del tren es ventana. Este tipo de cambios suceden sin que nos demos cuenta. Como la desaparición de los vende-

dores a domicilio o las enciclopedias de las estanterías. ¿Dónde hemos metido todas las aparatosas enciclopedias que existían como ladrillos de datos? Ah, nuestras construcciones. ¿Acaso existe un cementerio de enciclopedias, bonito tema para una novela cursi con premio fijo? No sé qué ocupa ahora su espacio en los grandes almacenes donde por otra parte nadie puede ser feliz en absoluto. Diseñar algo para la total infelicidad, con capacidad para la suma de todas las infelicidades presentes y posibles. Qué cosa, nuestras construcciones. Propiedad y deseo. Eso era, poeta, nada de *Memoria y deseo*, era propiedad.

07.05

Cuando doña Concha asoma por fin su bata floreada al balcón, han dado ya las siete de la mañana. Pensar en las grandes tinas de la leche le ha dejado una acidez de estómago cuyo reflujo agrio acompaña el esfuerzo de inclinar el cuerpo sobre la barandilla. Husmea. La mañana del centro madrileño ya huele a frito, o todavía a frito. Traga saliva, golpe agrio, coge aire y berrea:

—Manoloooo, Manoloooo, dales café a los chicos, coño, que se van a quedar helados.

El local que ocupa los bajos del edificio de enfrente acumula grasa desde 1968. De la puerta emerge la cabeza monda, monda lironda, mate y arrugada de Manolo. Alza la vista hacia doña Concha sin dignarse al mínimo gesto, mira luego hacia las vallas del cruce y cuelga de ellas su mirada de buey mientras uno de los policías nacionales le lanza un saludo con el mentón, o algo similar a un saludo, aferrado a un arma que el día anterior parecería desmesurada a cualquier ciudadano, pero quizás no hoy.

Unos veinte segundos después de haber asomado, la testuz de Manolo —bar Manolo, callos, pichos morunos, calamares— desaparece.

—Cagontusmuertos, Manoloooo... Rancio de hombre, de tal palo.

Nada ha cambiado, en realidad, ni la necesidad de que los trenes tengan ventanillas, ni el significado de aquella cordillera de términos que las enciclopedias encerraban. Seguimos necesitando ver el movimiento además de

sentirlo. Necesitamos cierta estabilidad en la descripción de las batallas y las fronteras. La permanencia de esas palabras, y no otras, explica a Napoleón con sus términos y a Mao con los suyos, eso nos tranquiliza como tranquiliza a los niños la enésima narración del mismo cuento.

17.10

Sentada en su raído orejero, el brazo sobre el pañito de ganchillo, la mujer llamada doña Concha bebe su leche a tragos pequeñitos, traguitos de rana para ver si logra eliminar ese maldito reflujo que lleva más de 12 horas agriándole la vida.

Unas tres horas después, el joven Gastón verá alejarse la calva mantecosa y mal dibujada de Manolo detrás de la cristalera de entrada al bar —oreja, bocadillos, morro, minis de cerveza—, calva enrollada en la nuca. La verá alejarse hacia dentro justo en el momento en el que la porra del policía por fin consigue alcanzarle el cuello. El gordo Manolo, que al ver llegar la desbandada de chavales, ha echado el cerrojo sobre, contra, ante, para o por los gritos de Gastón. Pero eso será después,

porque ante las vallas del Congreso de los Diputados, el arranque de la tarde pilla al chaval calentando pancarta mientras recuerda cómo la noche anterior una linda gatita le dijo Dame candela, échame a gritar. ¿Cuál era su nombre?

Wikipedia como estabilidad y ventana de tren. Leo en Wikipedia: «*La carga* es una pintura al óleo realizada por **Ramón Casas** en 1899 en Barcelona y que actualmente se expone en el Museo Comarcal de la Garrotxa de Olot. Expuesto en el Salón du Champ de Mars durante el año 1903, el título hace alusión a una huelga ocurrida en Barcelona en febrero de 1902, aunque la crítica actual considera que Casas lo pintó en 1899, y muy probablemente fue la pintura que no tuvo tiempo de presentar en la Exposición Universal de París (1900)».

20.15

La carga. Gastón cae. La carga. A doña Concha no se le inmuta el ganchillo. La carga. La represión, la amenaza y la posibilidad de eliminación. Ésas y no otras son sus razones de ser.

VÍCTOR MUÑO FANO

El lienzo de Ramón Casas mide tres metros de alto y casi cinco de largo: es un cuadro enorme y pone a quien lo observa a los pies de unos caballos amarrados al carro del abuso. La carga señala al espectador para después atropellarle, haciéndole sentir una profunda soledad ante el impedimento del derecho más básico: la protesta ante la injusticia. Un sentimiento trepidante, presente en las pinceladas sueltas que retrataron el inicio del siglo pasado y podrían, perfectamente, representar también estos tiempos inciertos en los que La carga ya no se pinta, pero se expone.

UN LIENZO CORRUPTO

Cuando **Ramón Casas** daba los últimos retoques a *La carga*, España abandonaba por fin su lamentable siglo XIX, gobernada por una monarquía parlamentaria a cuyo frente se situaban la corona y, alternativamente, dos partidos políticos que simulaban una confrontación tras la que se escondía, en realidad, un profundo consenso: ambos bandos pergeñaban conjuntamente absurdas reyertas retóricas de escaso calado ideológico y político, con el objeto de alimentar un debate público con el que, además, sus propios medios de comunicación se lucraban. Los beneficios no eran, en cualquier caso, el prin-

cipal objetivo de la continua cortina de humo: se pretendía, sobre todo, impedir otear el verdadero origen de la desastrosa realidad política imperante en la España de la Restauración.

Uno de los rasgos esenciales del período fue el dominio de lo político sobre lo moral. Gobiernos y oposiciones consiguieron, conjuntamente, delimitar a su conveniencia el espacio habilitado para la legalidad, lanzando a los oscuros márgenes de la vida extraparlamentaria cualquier tesis que no estuviera incluida en sus programas electorales, tan diferentes y tan parecidos. Todo lo que estaba fuera del abrigo del sistema se encontraba enfrentado a la ley y la justicia y, por tanto, a la moral; en ese orden jerárquico y no en el inverso. Dentro del recinto amurallado, las dos únicas facciones capaces de triunfar en la eterna contienda se recontraban, al término de cada escaramuza, en la misma guarida. Allí conversaban y probablemente bromeaban sobre las vicisitudes del día a día, seguros del éxito de sus representaciones porque, en virtud de poderosas razones nunca explicadas, los dos grandes partidos eran los únicos capaces de ganar las elecciones. Aun así, y solo por si acaso, una tupida red de corruptelas recorría las medianías del entramado institucional, filtrando amigos y enemigos, discriminando lo bueno de lo malo y viciando, en definitiva, todo lo que pretendía subir por la escalera de su edificio político. Era un sistema férreo, efectivo y, sobre todo, automático, que deglutía la riqueza generada por el conjunto de la sociedad y

estaba preparado para que ninguna crisis, por dura que fuese —y la de 1898 lo fue— revirtiese esta situación. Era un sistema aparentemente perfecto e indestructible.

Con las elecciones controladas, gran parte de los esfuerzos del Estado se dirigían a canalizar la conflictividad social hacia la ficticia confrontación de los partidos, mientras la realidad iba dividiendo a los españoles en dos grandes grupos complementarios: los privilegiados y el resto. Sin embargo, hace más de cien años, el heterogéneo y enorme colectivo que conformaban los marginados del sistema aún atesoraba en su seno una serie de rasgos decimonónicos que marcarían la historia del siglo XX: apoyados en la cercanía de la miseria y en una interacción inmediata y articulada con su entorno más próximo, muchos de los arrojados a la ilegalidad optaban por asumir sin reservas su condición, y ejercían una fuerte contestación social ante el ofensivo revoloteo de la riqueza, que se alejaba diariamente de sus casas rumbo al origen del discurso del poder.

En 1898 a la monarquía española se le escurrían entre las manos sus preciadas joyas de ultramar. Los ecos del impacto económico de aquella crisis resonaron durante décadas; se le ha dado menos protagonismo, en cambio, a la clamorosa pérdida de credibilidad que sufrieron los viejos argumentos que exaltaban los sacrificios necesarios para mantener la grandeza de España: una quimera en la que los poderosos habían invertido muchos capitales y los despo-

seídos las vidas de sus hijos. Los rendimientos no fueron, ni en un caso ni en otro, los esperados y, ante el estupor de la sociedad, la única respuesta política fue la socialización de la pobreza y una impasividad institucional que fue exacerbando los ánimos. Pronto, los comunistas, los socialistas, los anarquistas y los nacionalistas tuvieron que empezar a reunirse en locales más amplios. Y contra todos ellos cargaron las autoridades.

Fue por aquel entonces cuando Ramón Casas adquirió un enorme lienzo con la intención de reflejar en él la realidad de una sociedad llevada al límite.

A CABALLO ENTRE DOS SIGLOS

Ramón Casas vivió entre dos centurias y varios movimientos que le moldearon como artista. Nacido en Barcelona en la víspera del día de Reyes de 1866, sus dos primeras décadas de vida cumplieron con los requisitos de precocidad y bohemia que cabrían exigir a cualquier joven para optar a leyenda pictórica: antes de 1890, Casas había fundado una revista y ejercido como corresponsal en París, y podía presumir de ser miembro del salón de la Sociedad de Artistas Franceses.

Sin embargo, los últimos años del siglo XIX presenciaron un peculiar aumento de la densidad artística al sur de los Pirineos, y lo que hasta entonces había sido impresionismo y postimpresionismo comenzó a convertirse en un modernismo catalán que atrajo hacia

su crisálida a artistas como el propio Casas o su gran amigo **Santiago Rusiñol**. Ambos regresaron a Barcelona con un esqueje de Le Chat Noir y plantaron en la ciudad condal un pedazo de París: desde su bar, Els Quatre Gats, Ramón Casas presenció y protagonizó una eclósión artística que coincidió con el cambio de siglo y que caminó en paralelo al vertiginoso desarrollo industrial de la capital catalana.

Su fama recibió un nuevo impulso cuando dos de sus obras fueron seleccionadas para la Exposición Universal de París, que despediría a un gran siglo para la pintura. En aquel adiós participaron *Retrato de Erik Satie* y *El garrote vil*, atestiguando el progresivo giro de Casas hacia un realismo alimentado por el inevitable choque social de fuerzas opuestas que, para entonces, ya no eran capaces de variar su rumbo.

La carga pretendía otorgar visibilidad a los primeros signos de la colisión, pero su alto contenido político le cerró las puertas de la tierra prometida de la pintura. Sin embargo, Ramón Casas, poco acostumbrado al fracaso, sabedor de que en alguna parte su gran lienzo escondía premios internacionales, discurrió que las primeras negativas eran meramente coyunturales. Efectivamente, el mismo cuadro, con un título edulcorado, fue admitido en la ciudad de las luces, y desde allí conmovió a su protagonista: Barcelona.

Poco importó que originalmente no representara los enfrentamientos de la huelga de 1902. En una sociedad de clases conscientemente opuestas, to-

dos comprendían ac... entre los manifiesta... Civil. Al fin y al ca... urbanos traspasan... poránea sin grande... sar de las innovaci... esa razón, los moti... quince metros cuad... te lienzo de *La car...* versalmente recono... Una de las clave... en la disposición d... poderoso vacío cen... mayor parte del es... aclara inmediatame... personas, pero ya... expulsadas hacia lo... nario por el miedo... fuerza bruta, el que... tración: la metafór... fuerzas del orden in... los cientos, miles, c... cena, si el pánico no... bestias.

En cualquier ca... solo el atrezo que... queña y terrible hi... Casas dirige nuest... pinceladas sueltas y... acción que está a pu... cia nosotros, pasan... ser anónimo que sep... espectadores. Tirad... el debate sobre la a... y la desobediencia... el que el espectador... rápidamente.

Ramón Casas fu... tas que, para llegar... rrió todo el sendero...

POSIBILIDAD DE ELIMINACIÓN

una frase lapidaria que hizo fortuna y ha sido muy frecuentemente citada desde entonces: «Todo debe cambiar, carga. Hoy languidece en un museo comarcal de la provincia de Gerona. Una escritora consagrada, vieja amiga de *A Quemarropa* la relación entre estos tres hechos, que a su vez explica que *La carga* haya sido el cuadro es del Encuentro.



quel enfrentamiento
antes y la Guardia
abo, los desórdenes
la historia contem-
s alteraciones a pe-
iones técnicas. Por
vos alojados en los
rados del absorbem-
ga son todavía in-
cibles.
es de la obra radica
e sus elementos. El
tral que acapara la
espacio compositivo
ente que ahí había
no están. Han sido
os bordes del esce-
o. Es éste, y no la
disuelve la concen-
rica escasez de las
mpediría expulsar a
que ocupaban la es-
cargase junto a las
so, *La carga* es tan
historia hacia la que
ra mirada mediante
y difuminadas. Una
anto de cabalgar ha-
do por encima del
para el lienzo de los
lo en el suelo yace
autoridad del Estado
civil. Un debate en
debe tomar partido
e uno de esos artis-
a su madurez, reco-
de la técnica pictó-

rica y, con esa garantía, pudo insuflar un aura trepidante a su denuncia. Las alteraciones más notorias serían esencialmente estéticas: bastaría con modificar la indumentaria de los manifestantes, asfaltar la calle y relevar a la Guardia Civil, liberada hace tiempo de la onerosa tarea de disolver muchedumbres. Como en el resto de Europa, en España se ha creado un cuerpo policial especializado que se ocupa casi en exclusiva de esta labor y asume el enorme desprestigio social que el mantenimiento del orden arroja sobre las autoridades. Así pues, los tricorrios han sido sustituidos por unos cascos con visera que protegen otra monarquía en la que, nuevamente, sólo dos partidos políticos pueden ganar las elecciones. Los paralelismos entre las recurrentes Restauraciones borbónicas de la historia contemporánea de España invitan a pensar que las formas del Estado se han sofisticado, pero su fondo ha permanecido inmutable. Sin embargo, este juicio podría ser incluso demasiado optimista.

EL REFLEJO DE LA CARGA

El auge de la figura de Ramón Casas facilitó que, de nuevo en España, la obra conquistase en 1904 la Primera Medalla en la Exposición Nacional de Madrid. A pesar de ello, el gran impacto provocado por el lienzo alertó a los actores políticos, que consideraron los depósitos del Museo Comarcal de la Garrotxa, en Olot, un buen destino para *La carga*. El cuadro fue, en cierto sentido, un preso político. Quizá fue el respeto de algún funcionario vocacional lo que suavizó su estancia a la sombra y permitió que el paso del tiempo insuflase una nueva vigencia a las pinceladas de Ramón Casas: plantados frente a lo que parece una representación gigante de nuestro presente, comprobamos que el nuevo milenio continúa quieto en mitad del camino de la bestia y sentimos próximas las garras del *gatopardo*: «todo ha cambiado para que nada cambie».

Una *carga* del siglo XXI sería formalmente parecida a la original. Sus alteraciones más notorias serían esencialmente estéticas: bastaría con modificar la indumentaria de los manifestantes, asfaltar la calle y relevar a la Guardia Civil, liberada hace tiempo de la onerosa tarea de disolver muchedumbres. Como en el resto de Europa, en España se ha creado un cuerpo policial especializado que se ocupa casi en exclusiva de esta labor y asume el enorme desprestigio social que el mantenimiento del orden arroja sobre las autoridades. Así pues, los tricorrios han sido sustituidos por unos cascos con visera que protegen otra monarquía en la que, nuevamente, sólo dos partidos políticos pueden ganar las elecciones. Los paralelismos entre las recurrentes Restauraciones borbónicas de la historia contemporánea de España invitan a pensar que las formas del Estado se han sofisticado, pero su fondo ha permanecido inmutable. Sin embargo, este juicio podría ser incluso demasiado optimista.

ma semana de julio en la que 78 personas, 75 de ellas civiles, perdieron la vida y más de un centenar de edificios, la mayoría religiosos, ardieron hasta los cimientos.
Semejante estallido de violencia sería inasumible para la sociedad española actual, heredera de otro lamentable siglo del que creímos, por fin, haber aprendido algo. La transición democrática supuso un verdadero punto de inflexión en la historia española, al alumbrar un marco constitucional estable desde el que parecía posible construir un entramado institucional moderno. La realidad de *La carga* parecía destinada a desaparecer: ya no haría falta enfrentarse al Estado, porque podríamos participar en él.
Treinta y cinco años después, la mentira ha saltado por los aires y una gran parte de la población percibe el mito fundacional de nuestra democracia como una losa inmutable que lastra su futuro. Su aparente rigidez ha logrado ocultar, con extraordinaria efectividad, la gran flexibilidad que la democracia española ha demostrado tener a la hora de marginar a la mayoría de sus integrantes. Las últimas cuatro décadas solo han servido para que el viejo edificio se pudra y se deforme lentamente.
Sin embargo, la presente Restauración será recordada por el alto grado de culpabilidad de la ciudadanía: en esta ocasión, el proceso se ha apoyado en la ignorancia del propio pasado y en nuestra manifiesta incapacidad para hacer uso de las herramientas demo-

cráticas que pusieron en nuestras manos. Ahora, cuando flaquean las pilas de los brillantes juguetes del consumo y queremos echar mano de ellas, descubrimos sorprendidos que están oxidadas: no funcionan, y de nuestra maravillosa democracia, únicamente recibimos desprecio.
Uno de los rasgos definitorios de un estado democrático es el uso reglado y no arbitrario de la violencia y el resto de mecanismos coercitivos que se despliegan sobre una población que, periódicamente, puede manifestar su grado de conformidad con respecto a esta y otras cuestiones a través de sus votos. Por desgracia, la falta de cultura democrática de la ciudadanía española la ha convertido en presa fácil de una nueva dialéctica turnista. Con el nexo que debe unir a la población y las instituciones roto, la política se ha convertido en una suerte de olimpiadas electorales: cada cuatro años, la mayoría de los españoles votan con las tripas en contra de ese partido que odian y cuyas ideas desearían ver erradicadas. No pretendemos construir nada, sino tan solo impedir, y para eso no hace falta confiar en ningún partido político. Los oficiales no dudan, por tanto, en responder al naufragio del Estado tirando a la ciudadanía por la borda, tratando de soltar lastre. Y en un contexto en el que se priva a la población de lo más básico, el mantenimiento del orden y las leyes se han convertido en instrumentos represivos que nos expulsan del único lugar donde se podría gestar una reacción: la calle.

Mientras se dan pasos para vigilar la morfina que nos autorrecetamos protestando en la Red, cada vez es más peligroso, en todos los sentidos, poner un pie en la vía pública para solidarizarse, por ejemplo, con alguien sin hogar. Reflexionar frente a *La carga* sobre la pasividad con la que estamos afrontando la destrucción de nuestros derechos más básicos, incluido el derecho a protestar, provoca un descubrimiento tenebroso: la autoridad, la representación del poder de Ramón Casas, resulta tremendamente reconocible; quienes nos hemos desdibujado somos los apaleados.
El lienzo del pintor catalán tiene más de cien años y no nos muestra sólo un pedazo de nuestro pasado, sino quizá también de nuestro futuro. Lo hace señalándonos con el dedo y culpándonos por haber olvidado un pasado reciente y pisoteado. Ahora estamos postrados frente a esos mismos caballos y tendremos que volver a recorrer un camino para el que, hasta que se demuestre lo contrario, la única guía posible es una dialéctica supuestamente trasnochada, que logró disculpar que la realidad no cambia por sí sola: hay que actuar sobre ella; hay que actuar en ella.
Tal vez en el nuevo ostracismo del siglo XXI, podamos al fin apartar del camino de nuestra memoria los artificios más innecesarios de esta democracia. Será el único modo en el que ambos podremos tener un futuro en común.



BARCOS QUE SE PIERDEN EN LA NOCHE

Ayer, primer lunes negro, se presentó la nueva novela de **Manel Loureiro**, autor zombi que, por fin, ha cambiado los muertos vivientes recalcitrantes por un tema mucho menos tópico en nuestros días apocalípticos y caníbales: el barco fantasma. Lo más simpático de *El último pasajero* (Planeta) es, precisamente, su escenario marítimo y naval, aunque a mí, como se comprenderá, cualquier título que incluye «el último» en su enunciado ya me cae bien por naturaleza.

Puede que algunos crean que el zombi es la máxima expresión del horror y el miedo, pero para un servidor palidece por completo en comparación con el mar abierto, con su oleaje, sus tormentas, sus profundidades ominosas y, naturalmente, sus misterios. *El último pasajero* pertenece a una espectral tradición marinera que tiene peculiar encanto, y a su principal cantor en **William Hope Hodgson** (1877-1918), escritor de *pulp* británico que, con novelas como *Los botes del Glen Carrig* o *Los piratas fantasmas*, creo un prototipo de terror marino moderno especialmente creíble y siniestro. Lo elevó a su cumbre en relatos como «Una voz en la noche», «Un horror tropical» o «La nave de piedra», entre otros muchos reunidos en *Los mares grises*

sueñan con mi muerte. Cuentos completos de terror en el mar (Valdemar), gracias a la pasión de **José María Nebreda**, fanático de los horrores marítimos, autor de la antología del género *Mares tenebrosos*, también en Valdemar, editorial muy afín al género, con un catálogo que incluye «El barco de la muerte» de **W. Clark Russell**, «El perro diabólico» de **Marryat** o «El relato de Arthur Gordon Pym» de **Poe**. Pero el genio del género



sigue siendo **Hodgson**. Su universo fungoso del mar de los Sargazos, sus monstruos marinos demasiado creíbles y su brutal descripción de la vida marinera, se deben en gran parte, desde luego, a que él mismo fue marino y aprendió a temer y odiar a la Mar. La gran madre acuática y devoradora.

El cine también tiene sus terrores marinos. Pero olvidando escualos y octópodos gigantes, mercedores de trato aparte junto a demás criaturas abisales, los barcos malditos que navegan por el celuloide son tan contados como exóticos e interesantes. Está, claro, *Ghost Ship. Barco fantasma* (2002), simpática e injustamente infravalorada producción Dark Castle, con uno de los mejores inicios pre-créditos que recuerdo en el cine de horror reciente. Y luego, una olvidada y atmosférica Serie B, *El barco de la muerte* (*Death Ship*, 1980), con una nave fantasma nazi, maldita a causa de las crueldades cometidas por su tripulación y comandante originales, cuyo espíritu posee al capitán de un grupo de naufragos atrapados en su interior, el siempre agradecido George Kennedy. Como rezaba su publicidad: «¡Aquéllos que sobrevivan a la nave fantasma estarán mejor muertos!».

El barco fantasma por antonomasia es el del Holandés Errante, que tuvo su momento de gloria cinematográfica con la bella fantasía *Pandora* y *el holandés errante* (1950), dirigida por el singular **Albert Lewin**. Y es que yo, como último hombre vivo, siento especial afinidad con el Holandés Volador, el Almirante Flotante, el Viejo Marinero, el Viejo y el Mar, el capitán Nemo, y, en definitiva, con el propio Kraken, con Nessie o con el *Carcharodon carcharias*... Es decir, con cualquiera que sea último de su especie o de su clase. Además, les confesaré un secreto: la mar me asusta mucho, mucho más que los zombis —incluso los de *Shock waves* (1977)—, por una sencilla razón: no sé nadar.

El último hombre vivo que no sabe nadar (y guardar la ropa).

TRÁS EL SETO

AMANEZCA AQUÍ

Amaneció en la Semana Negra y comenzó a levantar la bruma y la noche hasta dejarnos tan «atrapados en azul» como a **Ismael Serrano**. Cuando amanece en la Semana te duelen los ojos, las piernas y la vida. No creo que la ciencia logre resolver si por el cambio de biorritmos o por la pérdida de confianza en el ser humano.

Iván y yo estábamos en el puesto fijo del escenario. Él miraba al frente y a mí un cigarro me estaba dando una lección mortal sobre «lo que no conocemos y apenas sospechamos», que versó **Ruben Darío**, y sobre cómo eso puede llegar a mezclarse con la vida hasta estar más muerto en vida que vivo en muerte.

Sonré. A **Xabel Vegas** le gustaban mis artículos y eso era *dinamita bajo* aquel *Sol* y (esta noche mira) bajo el coche de mis pensamientos negativos, que logré volar por los aires y por un momento, y que regresaron con más aspecto de **Millán-Astray** que de **Carrero** (era imprescindible).

Llegó una patrulla. Saludamos. Dijeron algo que no recuerdo pero a lo que presté atención en el momento por aquello de que «buenas formas y modales abren puertas principales». Pero ya no estaba allí. Debía estar pensando el tema para mi siguiente artículo, que como podéis apreciar me fue imposible encontrar, cuando: «parecías de mentira entre tanto desastre, más temprano que tarde me harías un borrón. Sonríe un poco, mirada triste decías, estás más guapo cuando eres feliz, yo te abrazaba como un gigante suicida que ya no sabe si quiere morir, que duro es esto de andar perdiendo la vida»... La letra de *Hasta las manos* de **Alfredo González** se fundió de repente con el sonido de la barredora de Emulsa y la voz de la compañera de la puerta 6 advirtiéndome de que «entra Emulsa en el recinto».

Todo seguía igual por allí. Sé que me acordé de Murphy y de su puta ley por un momento. Después de un invierno *plus ultra* el día prometía, pero al igual que **Lorca** necesitaba dormir un rato, un minuto, un siglo. Si bien a mí me la sudaba que pensarán que había muerto.

Fui consciente de que era verano esa noche que ya había amanecido —y por tanto muerto— y como cada amanecer consciente decidí irme de allí «dimitiendo de los caminos en favor de los versos» porque no encontraba la verdad de **Pablo Texón** que aseguraba en *Summertime* que «*ye veranu y vivir ye fácil*».

Entonces pegué una patada en el grijo que alfombra la arena de la mar que sustenta los adoquines de la Semana Negra y hallé una metáfora, medio gofre y una brida. Necesitábamos todas las pequeñas piedras para poder pisar en un terreno aceptable, si bien ninguna era necesaria *per se*.

Me comprendí a mí (a mí allí). Adelanté el final. Comprendí a Burns y a Smithers. Comprendí todo: el libro, el churro, el antro, la pipa, la mierda. Comprendí a todos. *Ego vos absolvo* aunque paséis de mí. Comprendí hasta el abuso de la primera persona.

Me engañé otra vez. Me encontré de nuevo. Fui feliz. Hacía falta el pastillero y el carterista al lado de las personas buenas —minutos antes no creía en su existencia—, no porque sean necesarios como individuos —me dije— sino porque han de servir de alfombra social, de brea humana, de grijo del pueblo.

Javier Cayado Valdés

KARLOS GIL. THE MOON MUSEUM (EL MUSEO DE LA LUNA)

22.06.2013 - 22.09.2013

BECA DKV SEGUROS - ÁLVAREZ MARGARIDE

laboral

Centro de Arte y Creación Industrial

Los Prados, 121
33394 Gijón
T: +34 985 185 577
info@laboralcentrodearte.org
www.laboralcentrodearte.org

Horario de verano: de miércoles a domingo de 11 a 19 horas (lunes y martes cerrado excepto festivos). Entrada gratuita del 1 de julio al 1 de septiembre.

e s p a c i o

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch

Una tragicomedia de las malas. Ése es el mundo en el que vivimos, un descojone que, cuando nos paramos a pensar, nos huela la sonrisa en la cara. Porque un planeta en el que se da el Nobel de la Paz al piloto a distancia de los siniestros drones, que deja morir del asco en la zona de tránsito de un aeropuerto de Moscú al joven Skywalker que se rebela contra el Imperio, que permite ruedas de prensa sin preguntas y a través de un plasma, que vota gobiernos más preocupados por los bancos que por los ciudadanos o que sigue en procesión a trozos de madera (por mencionar tan sólo varias bromitas de las suyas) no merece otro calificativo que «tragicómico», siendo muy benévolo.

Por eso, cuando me dijeron que la primera de las actividades que iba a tener lugar ayer en la carpa del Espacio A Quemarropa (EAQ) iba a versar sobre el crimen organizado, la mente se me fue directamente a estas realidades, al papel de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, la Unión Europea o el Banco Central Europeo y gobiernos y mercados de todo color y moneda. Es el signo de los tiempos. Pero me equivocaba. Porque bajo toda esa criminalidad disfrazada de legalidad, siguen operando los 'malos' de toda la vida: el asesino, el caco, el violador, el psicópata, el terrorista... Es decir, los mismos y 'entrañables' criminales de siempre, que han sabido adaptarse a los tiempos. Sobre ellos habla *Criminalidad y globalización. Análisis y estrategias ante grupos y organizaciones al margen de la Ley*, un ensayo coral coordinado por **Ricardo Magaz**, que ayer explicó las claves de este trabajo. Según comentó, las nuevas circunstancias han obligado a acuñar un nuevo concepto de seguridad que va más allá del concepto policial, y que suma a éste la seguridad entendida desde la perspectiva de los servicios de inteligencia y militares. Magaz habló sobre la incidencia del crimen organizado a nivel transnacional (supone un 20% de la economía mundial) y en España a nivel particular, donde «sufrimos un nivel de fugitividad grave» debido a las facilidades que encuentran los criminales de todo el mundo para esconderse en nuestro país camuflándose entre los millones de turistas que nos visitan cada año. Ricardo Magaz estuvo acompañado en la mesa por **José Manuel Estébanez** y **Rafa González**, que tuvieron poco trabajo dada la detallada exposición



Rafa González, Ricardo Magaz y José Manuel Estébanez.

realizada por el autor. Luego Rafa tuvo la oportunidad de desquitarse.

Mucho más curró **Norman Fernández** en la siguiente actividad de nuestra carpa: la presentación de *El último adiós*, de **Rodolfo Santullo**, autor que repite en la Semana Negra tras su visita de hace tres años. Articulista, escritor, editor, guionista... Santullo habló sobre cada una de estas facetas. «Trato de ser un editor nenaza —afirmó—, aunque no siempre es posible. Uno se da cuenta de que a veces tiene que tomar algunas decisiones para que sobreviva la editorial», aunque esas decisiones puedan pasar por no publicarse a uno mismo, como es su caso. En *El último adiós* nos presenta a un detective privado clásico, aunque no demasiado, ya que no todos los detectives privados son antiguos estudiantes de economía rebotados de la carrera. Sobre su papel como guionista del cómic *Etchenike*, Santullo destacó sus dificultades para adaptar las 400 páginas de la novela *Manual de perdedores* de **Juan Sasturain** y convertirlas en las 148 del tebeo, un reto que solventó con éxito usando tijera a discreción.

A continuación tuvo lugar la presentación de la novela de **Eloy Miguel Cebrián** *Madrid 1605*, escrita a cuatro manos junto a **Francisco Mendoza**. «El sueño del bibliófilo es encontrar el Santo Grial de la bibliofilia a buen precio, una obra trascendente de un escritor célebre. Juntando estos ingredientes nos saldría el manuscrito perdido del

Quijote», comentó Cebrián sobre la idea de base del libro, incluida a su vez en un libro sobre bibliofilia escrito años antes por Mendoza. La obra presenta la búsqueda de ese manuscrito en dos tiempos distintos: la actualidad y principios del siglo XVII, cuando roban el manuscrito del Quijote poniendo en



Norman Fernández y Rodolfo Santullo.

riesgo su publicación. «Los avatares de la vida de Cervantes dan para muchas novelas», apuntó Rafa González, encargado de guiar la presentación. Su afirmación fue refrendada por Cebrián. «No se ha escrito con mayor ingenio ni mala leche desde entonces», aseguró.

La siguiente cita en el EAQ fue con el proyecto *Félix de la Concha pregunta mientras pinta*, que, en esta ocasión, tuvo como protagonista a **Guillermo Saccomanno**. El autor argentino mostró su admiración por el trabajo de **De la Concha**, tal vez para congraciarse con él por obligarle a utilizar en su retrato el rojo cadmio (tan bonito como caro) para representar el color de su camiseta. Saccomanno fue explicando al pintor y a la concurrencia las claves de su oficio y de su relación con los dibujantes. «Siempre me gustó sentarme al lado de los dibujantes para saber qué encontraban en lo que había escrito que les resultaba útil para realizar su trabajo». Títulos y nombres como **Carlos Trillo**, *La historia de la historieta*, **Enrique** y **Alberto Breccia**, **Solano López**, **Oesterheld**, **Hugo Pratt**, *El hermano lobo* o **Chumy Chúmez**, fueron

salpicando la conversación. Saccomanno recordó sus inicios, en los años setenta, cuando decidió abandonar la carrera de Letras («era un tedio») y se fijó en la historieta como canal de comunicación que evitaba la censura que atenazaba a otros géneros. En comparación, «hoy parece más importante ser autor que contar una historia», afirmó con cierta tristeza. A raíz de los temas surgidos en una comida previa, De la Concha reveló la asistencia a misa del autor argentino el pasado domingo, lo que le dio pie a afirmar que «ir a misa es como encontrarse con los esperpentos de **Valle-Inclán**». Otra confidencia: el robo vivido a manos de un *pi-be chorro* que se llevó el ordenador al que tenía conectado el lápiz USB con su última novela. Tuvo el temple necesario para desconectarlo y tirarlo a un lado, pero tener una 9 mm. apuntándole a él y su familia no tuvo que ser una experiencia agradable pese al interesante diálogo que mantuvo con el ladrón, que le permitió descubrir a un fan de **Neruda**. Este episodio tuvo lugar en Argentina, país que, según afirmó, «todavía tiene mucho del sudor y el dolor de los inmigrantes, algo que le cuesta asumir». Una visión crítica que también le permitió anticipar hace unos años la realidad actual de España, cuando afirmó que «ustedes terminarán como nosotros, comiendo del plato del perro». No iba desencaminado. Fue una hora de una conversación apasionante que, como siempre, concluyó con la entrega del retrato. «Soy yo, aunque no te dio tanto trabajo el rojo ¿eh?», le comentó a De la Concha con una sonrisa.

La siguiente parada en la carpa del EAQ fue la presentación de *El río del Edén*, del académico de la Lengua **José María Merino** (si no leyeron el *A Quemarropa* de ayer, búscuenlo donde sea y disfruten de la doble página que nos regaló y en la que plasma su amor por la ciencia-ficción). Merino estuvo acompañado en la mesa por su hija **Ana**, «la española más importante de

le dado el cambio de una de las novedades de aquella época a **Manuel Gutiérrez Aragón**», buen amigo suyo que todavía se la guarda. El escritor mostró su nostalgia por la ciencia ficción más clásica en detrimento del auge de las historias de espadas y brujería que le fueron comiendo el terreno. Llegó a creer que la ciencia-ficción había desaparecido, aunque explicó que la ha redescubierto a través, sobre todo, de cuentos. No obstante, se queda con la época dorada del género. Asimismo, el académico defendió con fuerza la vigencia del cómic, una pasión que inculcó a su descendencia. Su hija Ana es un buen ejemplo (es una experta en el tema con importantes estudios publicados, además de poetisa, autora de literatura infantil, dramaturga...).

De la Calle no soltaba el micrófono, pero no tuvo más remedio que ceder el testigo a Ana, que guió la segunda parte de la conversación con Merino, la presentación de *El río del Edén*, parte de una trilogía de novelas que tienen como escenarios espacios naturales (Cabrera, la montaña de León y el nacimiento del río Tajo). «Ya no sé si el ser humano somos naturaleza o no», comentó el autor, que en esta obra plasmó su deseo de escribir una historia de amor, de ahondar en la posibilidad de mantener ese Edén que centra el título. Seguro que apuntó esta idea en alguno de los cuadernos en los que, según desveló su hija Ana, Merino va apuntando las historias que se le ocurren. El escritor presentó el libro como una historia «realista», al menos en comparación con la mayor parte de su obra. Un lujo haber contado con los dos, protagonistas de la charla más concurrida y del aplauso más largo y cálido de la tarde.

La actividad en la carpa del EAQ cerró con la presentación de la colección *Estrella negra*, que contó con la presencia de sus autores, **Ángela Martín del Burgo**, **Félix Moreno** y **Sergio Mira Jordán**, y el coordinador del proyecto, **Carlos Casas**. La idea: dar voz a nuevos valores de novela negra y policíaca en castellano. *Asesinato en la Gran Vía* es el título de la obra de Del Burgo, protagonizado por Raimundo, un «rebelde metafísico», en palabras de la autora. Por su parte, Félix Moreno presentó *Un revólver en la maleta*, tres relatos del más puro género policíaco. Completó la terna de autores Sergio Mira Jordán, que llegó in extremis para presentar *El asesino del pentagrama*, un libro en el que se funden las dos grandes pasiones del escritor: la música y la novela negra.

Tras todo lo vivido en la tarde de ayer, vuelvo al principio de esta página, cuando decía que este mundo es una tragicomedia de las malas. Pues bueno, tal vez exagerara. De vez en cuando, uno se da cuenta de que existen oasis que permiten renovar las esperanzas, cargar las pilas y salir al mundo diciendo: «Tal vez me estés puteando, pero quiero que sepas que lo sé y que, algún día, te ganaré alguna batalla». Es lo que nos queda. Entre otras cosas, eso es lo que supone la Semana Negra: la oportunidad de recordar que no estamos solos, que somos conscientes de lo que hay y que no nos rendimos. Bendito oasis.



Ana Merino, José María Merino y Ángel de la Calle.



Ángela Martín del Burgo, Sergio Mira, Félix A. Moreno y Carlos A. Casas.

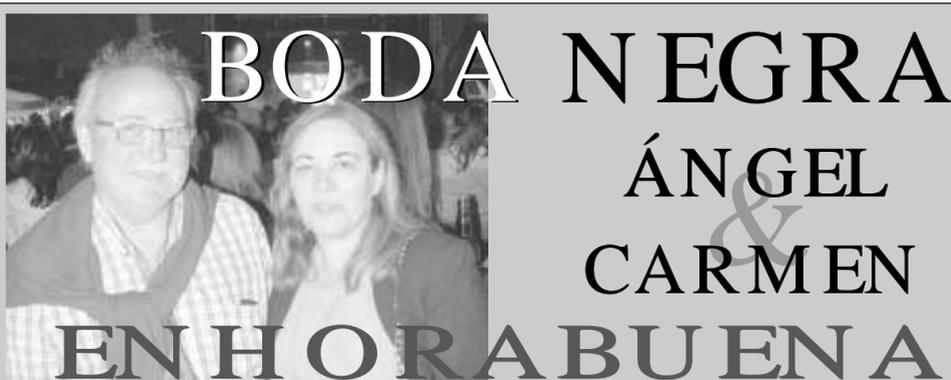
PROGRAMA MARTES 9

- 11:00** Inicio de la distribución gratuita del número 5 de *A Quemarropa*.
- 17:00** Apertura del recinto de la SN: Feria del Libro. Atracciones de feria. Terrazas. Música en el recinto y mercadillo interétnico.
- Apertura de exposiciones:
- Cómic e ilustración: **ENRIQUE BRECCIA: La línea de sombra.**
- ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CRIMINOLOGÍA.**
- ASTILLERO: Los oficios del dique.**
- Fotoperiodismo: **DE LIBIA A SIRIA** de **Manu Brabo**, Pulitzer 2013 (AP).
- EN CRISIS** de **Olmo Calvo** (Diagonal).
- SALA NEGRA** de **Edu Ponces** (RuidoPhoto).
- DESAHUCIADOS** de **Juan Medina** (Reuters).
- 17:45** Presentación de *612 euros* de **Jon Arretxe**. Con **Noemí Sabugal**. (Espacio AQ).
- 18:00** Presentación *Astilleros en el arco atlántico: trabajo, historia y patrimonio*. Coordinado por **Rubén Vega**. Con **José Ramón García López**. (Carpa del Encuentro).
- 18:15** Presentación de *La última batalla* de **José Javier Abásolo**. Con **Ángel de la Calle**. (Espacio AQ).
- 18:45** **Félix de la Concha** pregunta mientras pinta a: **Leonardo Padura**. (Espacio AQ).
- 19:00** Presentación de *En tierra de lobos* de **Luis García Jambrina**. Con **Miguel Barrero**. (Carpa del Encuentro).
- 19:30** Un encuentro con **Simon Scarrow**. Conduce **Alfonso Mateo-Sagasta**. (Carpa del Encuentro).
- 20:00** Presentación *Club la Sorbona* de **Luis Artigue**. Con **Miguel Barrero**. (Espacio AQ).
- 20:30** Un encuentro con **Ernesto Mallo**. Conduce **Ángel de la Calle**. (Carpa del Encuentro).
- 20:30** Presentación *Diálogo entre asesinos* de **Daniel del Monte**. Con **José Manuel Estébanez**. (Espacio AQ).
- 21:00** Presentación y pase del audiovisual *Necrópolis. Un documental sobre el astillero (2013)*. Dirigido por **Carlos Caicoya**. (Espacio AQ).
- 22:30** Concierto en el Escenario Central:

Triángulo del Amor Bizarro

PROGRAMA PARALELO

- 19:00 Firmas de Zander Magazine, con Dani Castaño e Israel Álvarez en Gizzmo Comics.
- 20:00 Charla: *Hablando de democracia participativa: Auditorías de deuda y plebiscito ciudadano*, con Lucía Nosti Sierra, José Miguel González López, en la Carpa de Amigos del Pueblo Saharaui.
- 20:00 En la librería Burma presentación de *La fiesta* de Luis García Maluenda.



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Me gusta mucho, pero mucho, la sección «Los oficios del dique» que **Rubén Vega** y **Álex Zapico** están publicando en este periódico. Decía anteaer **Alberto González Ortiz** que su palabra preferida en el idioma castellano es «memoria», y que siempre había sentido una fuerte admiración hacia aquéllos que luchaban por ella de una manera o de otra. La memoria del astillero es la memoria de Gijón, de Asturias, de España.

(Acabo de recordar un verso del añorado **Ángel González**: «Nada es lo mismo, nada permanece. / Menos la historia y la morcilla de mi tierra: / se hacen las dos con sangre, se repiten»).

Esta tarde, a las seis, su coordinador y sus autores presentarán en la Carpa del Encuentro el imprescindible *Astilleros en el Arco Atlántico: trabajo, historia y patrimonio*. No voy a perdérmelo.

Simon Scarrow es uno de los capitostes de la novela histórica europea, famoso por dos exitosas series sobre el imperio romano y sobre las guerras napoleónicas. Ésa también es una cita obligada.

Lo es *Diálogo entre asesinos*, la primera novela de **Daniel del Monte**. Su propuesta es interesante: nos presenta a un metódico asesino a sueldo experto en encontrar sujetos desaparecidos a quien se encarga localizar a un peligroso secuestrador y asesino de muchachas, a las que siempre devuelve descuartizadas y metidas en bolsas de basura. Es decir, el héroe es tan asesino sin escrúpulos como el villano, pero al primero el lector lo verá con benevolencia, mientras que el segundo le producirá desprecio. ¿Pero y si la historia hubiera sido al revés? ¿Hubiéramos sentido compasión del violador de muchachas? Ah, contradictorio mundo éste.

Luis García Jambrina también es cita obligada. En su última novela ha aparcado por el momento a su **Fernando de Rojas**, pero nos ha regalado una magnífica historia ambientada en el legendario barrio chino de Salamanca en los oscuros años cincuenta.

Ayer leí describir despectivamente este festival como «la feria de la fritanga, la noria y el tren de la bruja». Aunque sólo sea por hacerle silente puñeta a éste y otros esnobs, hoy también pienso devorar churros rellenos como si no hubiera un mañana.

HONOR A CONSTANTINO SUÁREZ

Luis Miguel Piñera

Constantino Suárez (Gijón, 1899-1983) es un referente de la fotografía de compromiso en Asturias. A los treinta años de su muerte, lo recordamos como un extraordinario pionero del fotoperiodismo durante la guerra civil y represaliado por el franquismo.



SOLDADOS REPUBLICANOS EN PIJAMA,
20 de septiembre de 1936

En el hospital, convalecientes de sus heridas de guerra, vemos a Pelos el de Lada; a Higinio Carrocera, que sería fusilado en Oviedo en 1938; a Alonso el Paraguas, con muletas; en la silla, a Mariano Fernández, y a la derecha a Paulino.

Fototeca del Museo del Pueblo de Asturias. Colección de Constantino Suárez.